

VI

La señorita Teresa Restaud se hallaba en su cuarto, según costumbre, en tanto que Mr. Cottin había tenido con el hermano de aquella la breve conferencia que le puso al corriente del triste estado de los negocios de la casa.

Lo desapacible del carácter de la solterona se aumentaba de día en día: algunas veces, al pensar en el mal estado probable de los negocios de su hermano, una malvada alegría inundaba su alma, porque aquella alma era un desierto en el cual no crecía flor alguna, y en el que se habían secado todas las del amor y de la generosidad.

Teresa había amado; niña, profesaba á sus padres un cariño exclusivo y ardiente, un cariño celoso hasta del afecto que aquéllos dedicaban á su hermano Edmundo; los celos habían clavado desde muy temprano su dardo envenenado en el pecho de Teresa, y habían hecho de ella una presa que no debían soltar ya jamás.

Murió primero su padre, anciano y honrado armador, y todos los negocios de la casa quedaron en las manos de Edmundo, que profesaba á

su madre un amor apasionado y á su hermana un tierno afecto; pero si aquélla se lo pagaba con íntima ternura, ésta se lo recompensaba con una ingratitud sin ejemplo.

Teresa se quejaba de que su madre amaba á Edmundo más que á ella, y acaso tenía alguna razón; las madres dedican á sus hijos más cariño que á sus hijas, acaso por esa necesidad de protección y de energía que las mujeres necesitan en general, y que las madres y las ancianas anhelan en particular. Mme. Restaud adoraba á Edmundo, y por evitarle una hora de pesar hubiera ella aceptado los dolores más amargos. El generoso carácter de Edmundo justificaba, por otra parte, aquella ternura apasionada, y madre é hijo estaban unidos por los lazos del corazón más tiernos y más indisolubles.

Teresa, en vez de luchar con su hermano en cariño y en atenciones para con su madre, era cada vez más dura y más sombría; el mal aumentaba el mal: su padre la había adorado á ella, y su padre era el que Dios había llamado á sí!

Era, sin embargo, bastante bonita, á pesar de su carácter desapacible, para llamar la atención de alguno, y fijó, sin esperarlo y sin saberlo, la de un joven de la ciudad, hijo como ella de un rico negociante: al aspecto risueño del amor, Teresa vió el cielo abierto; tenía diez y ocho años, y la ternura y la indulgencia llegaron hasta su alma; se volvió casi buena; y viéndose amada, no sólo

correspondió al amor, sino que amó también todo cuanto la rodeaba.

Una risa fresca y juvenil empezó á resonar en la casa de la viuda Restaud; y era tal la fama de carácter duro que Teresa tenía, que al pasar por delante de su casa y al oirla reír, se detenían las gentes y se decían admiradas:

—¡Calla! ¿estará alegre Mlle. Restaud?

—¡Parece imposible!

—Sin embargo, es ella la que ríe.

De repente dejaron de oírse las risas, y á la vez se vió á Teresa de nuevo sombría y grave: el fugitivo carmín que había teñido sus mejillas, había desaparecido, reemplazándole la palidez que antes las vestía. ¡Teresa estaba triste! ¡Teresa era mala otra vez!

¿Qué había sucedido?

Lo siguiente:

El hombre que se había enamorado de Mlle. Restaud, halló aún en su carácter tantos lados hirientes, que tuvo miedo de casarse con ella y empezó á buscar pretextos para romper los lazos de aquellos amores aun nacientes y que ya inundaban de sol y de alegría el alma de la pobre Teresa.

Si ésta hubiera hallado en su camino á un hombre superior, de seguro que se hubiera vuelto del todo buena; pero no fué así; el espíritu débil de su prometido se asustó ante la vehemencia de aquel carácter, ante lo fuerte de sus pasiones,

ante la expresión algo ruda del amor que le tenía.

Temió ser dominado, y huyó del yugo que aun de lejos le causaba ya un terror invencible. Teresa volvió á la soledad y á la desesperación.

El ciego es mil veces más infeliz, después de haber visto el sol, que lo era antes de conocerlo.

Herida con aquel desengaño, ya no quiso escuchar más palabras de amor.

Fué soltera á los veinte años, y fea á la edad en que la belleza ostenta su primera y más delicada flor.

Su espíritu rebelde y salvaje se revolvió contra la Providencia, á la que acusó de injusticia por haberle arrebatado á su padre y á su amante.

Puede juzgarse de la aversión con que recibiría á la esposa de su hermano, cuando éste casó con la bella pero pobre señorita Adela de Blaye, nacida y educada en París, y que era un modelo de dulzura, de distinción y de gracia.

Jamás solterona feroz ha detestado más íntimamente á una esposa joven y tierna.

Mme. Restaud recibió á la esposa de su hijo como una madre cariñosa.

—Bienvenida seáis á encantar esta casa, mi querida niña, le dijo abrazándola con efusión; os voy á deber, no sólo la dicha de mi hijo, sino también la mía: en cuanto á Teresa, es y será siempre infeliz.

—Yo deseo ser su amiga, y creo que lo conseguiré, dijo Adela con ternura; la amaré con todo

mi corazón, y espero que me pagará mi afecto.

—Esperáis mal, repuso amargamente Teresa; yo no puedo amar á nadie, según dicen mi madre y mi hermano, y si hiciera alguna excepción, no sería seguramente en favor de una extraña como vos.

—¡Teresa! dijo severamente Mme. Restaud, en tanto que Edmundo miraba á su hermana con una expresión de triste reproche.

—¿Qué queréis, señora? respondió ella mirando á su madre con desdén.

—¡Eres el ángel malo de la familia! exclamó la madre, enjugando una lágrima ardiente que la cólera le arrancaba; cuanto tocas, amargas y esterilizas: ¡retírate á tu cuarto! ¡librame del disgusto de tu presencia!

Teresa salió, llevando sobre los labios una sonrisa sardónica y más amarga que las lágrimas.

—¡Oh señora! exclamó Adela: ¡oh madre mía! ¡sed más dulce para mi pobre hermana! ¡así su carácter se hará cada día más amargo y más sombrio! ¡pensad en que debe ser muy desgraciada, para que sus maneras sean tan duras: mi madre dice que los dichosos son siempre buenos!

—No es esa la regla general, hija mía, dijo la viuda, que tenía también el carácter algo violento; Teresa no debía quejarse de su suerte, y si se queja, creedme, es sin razón: más la amariamos todos, si lo mereciera más; pero ¡qué queréis! es la mancha negra de nuestro cielo, y esto nos lastima: tal vez vos podréis más que su hermano y

yo, y conseguiréis igualar las sinuosidades de ese carácter fatal.

Desde aquel día Adela dirigió todos sus esfuerzos á captarse la buena voluntad de la hermana de su esposo: la prestaba mil pequeños servicios, buscaba su compañía, la probaba su cariño por todos los medios posibles; pero en vano: Teresa parecía tener el corazón de piedra, y ninguna muestra de cariño alcanzaba á ablandarla: era que la envidia como un feroz dragón guardaba la entrada y no dejaba penetrar ningún sentimiento dulce.

Así pasaron los años: la viuda Restaud murió, y Teresa quedó en la compañía de su hermano, que de buena gana la hubiera cedido al que la hubiera deseado.

Teresa tenía su dote intacto: era rica, y su hermano la propuso una vez emplear su dinero de modo que la fuese más productivo; pero ella rehusó de una manera dura y ofensiva, y su hermano no trató de insistir, herido en su delicadeza.

Ni aun Sofía pudo alcanzar nunca de su tía una sonrisa, ni una palabra de cariño. Adela, fatigada de luchar con aquella dura naturaleza, la había dejado en completa libertad, sin verse ella al abrigo de su censura; ¡el enemigo doméstico, el juez inflexible estaba allí siempre, helado, rígido, implacable!

Felizmente la llegada de Misstris Rawlings dió á Mme. Restaud una amiga tierna y fiel; con ella

partía sus penas y sus alegrías, y en ella hallaba una confidente segura, y una amable guía cuando vagaba en las soledades del dolor.

¿Quién no tiene penas en la tierra? Adela hubo de soportar la que le causó la ruina completa de su único hermano, que vivía en París de una modesta renta, y cuyos medios de fortuna fueron destruidos por especulaciones muy fatales. Mr. Blaye murió de pesar, y dejó en la miseria á su esposa y á cuatro hijos, de los cuales el mayor tenía diez y seis años: Mr. Restaud, cuyo carácter era noble, tierno y generoso, socorrió á la viuda y se encargó de la suerte de Gustavo, el mayor de los huérfanos, llevándole á su escritorio y señalándole un sueldo modesto que le prometió aumentar; la reconocida esposa no sabía cómo manifestar su gratitud al hombre generoso que tan vivamente se interesaba por los huérfanos de su hermano, y si hubiera sido posible, su amor por su esposo se hubiera aumentado todavía.

Para economizar lo que Gustavo gastaba, ella suprimió todos los gastos posibles en su tocador, y tomó para sí el cuidado de hacer los trajes de Sofía; ella era la que le daba lección de escritura, dibujo, retórica, poética y gramática; rehusaba, como se ha visto, todo gasto superfluo, y se avenía á una situación más modesta de lo que los recursos de su casa exigían.

Con gran sorpresa de sus tíos, Gustavo pareció captarse desde los primeros días el afecto de Te-

resa; ella que era con todos tan áspera y tan amarga, le hablaba casi con dulzura: Gustavo la acompañaba á paseo y á la iglesia; Gustavo la hacía compañía por la noche en su cuarto, y con Gustavo tenía expansiones que en toda su vida había tenido con nadie.

Adela veía con secreto terror aquella unión, que tenía algo de sombrío y de terrorífico: ¿qué lazo unía aquellas dos naturalezas, tan diferentes al parecer? ¿qué misteriosa simpatía aproximaba la solterona árida é irascible al joven amable, lleno de gratas y halagüeñas esperanzas?

Uno había, sin embargo; uno que la pureza y la inocencia de aquella mujer, modelo de esposas y de madres, no podía comprender.

Teresa y Gustavo estaban unidos por el negro lazo de la envidia.

La solterona envidiaba el lazo íntimo y tierno que unía á su hermano con su esposa é hija, las deferencias que se tenían entre sí, la perfecta armonía que entre aquellos tres seres reinaba.

Gustavo envidiaba la opulencia de la casa de su tío, las galas y los brillantes de la hermana de su padre, que había muerto en la miseria: comparaba su oscuro cuartito y su vida de trabajo con las habitaciones del resto de la familia, con el fausto y la comodidad de que disfrutaban; su vida consagrada al trabajo con la al parecer fácil existencia de su tío, y se decía con la tenaz insistencia de los espíritus rebeldes y egoístas:

—¿Por qué ha de ser esto? ¿por qué esta dura ley de la fortuna, que á los unos les da toda clase de goces y á los otros los condena á penas de toda clase?

Gustavo no sabía, sin embargo, cuántas más penas ocultaba la vida cómoda del negociante, que sus horas de trabajo.

No obstante, una dulce imagen se colocaba de continuo ante los amargos pensamientos de Gustavo: la gracia infantil, el candor, la delicada y pura figura de Sofía, estaban siempre ante sus ojos, y flotaban hasta en las nieblas de su sueño; aquel hombre, casi niño, se sentía invenciblemente atraído por aquella niña, que tenía ya toda la sensibilidad y todos los talentos de una mujer superior, sin haber perdido ninguno de los encantos de su edad.

Gustavo tenía defectos pequeños y miserables; Sofía... superiores talentos; y se veía en ella tal tendencia á todo lo bueno, noble y grande, que no se podía dudar de que resplandecería siempre en ella la más pura virtud.

—¡Oh! ¡si ella me amase! pensaba Gustavo, cuando en sus horas de descanso salía al campo para pensar más libremente en su prima: si ella me amase algún día, yo me elevaría por su amor, yo huiría de estos sombríos pensamientos que me asedian, y sería feliz hasta en medio de mi pobreza y de la de mi familia; pero ¡ay de mí! ella se casará con un hombre opulento que la llevará

á París, que la alejará de mí, y yo caeré en la noche eterna de mis malas pasiones.

Gustavo veía aún un rayo de luz: Teresa no veía más que en la negra sombra de su odio hacía todo lo que es bello, noble y bueno, y envolvía en su aversión á la misma inocente niña, que era el ídolo y el amor de todos los demás individuos de la familia.

No obstante, el dolor y el aislamiento unían á la solterona y al joven: éste sentía cierta lástima por Teresa; en cuanto á Teresa, cuando veía cerca de ella á aquel bello y melancólico joven, sentía en su corazón movimientos que á ella misma la asombraban, y que tenían alguna semejanza con los ímpetus de su primera, última y única pasión.

VII

Teresa, sentada en su cuarto y al lado de su ventana, que daba al jardín, había visto de lejos toda la escena que había tenido lugar entre su familia y el banquero de París Mr. Cottin: de buena gana hubiera bajado, llevada por su curiosidad, á ver ocultos á su hermano, y aquél, y á Sofía primero recitando, y cantando después; pero no quiso demostrar que se interesaba por nada, y se quedó inmóvil y devorando el enojo que le causaban, así el talento de su sobrina, como el entusiasmo de sus hermanos.

Vió retirarse á todos del jardín, vió ir cayendo la luz del sol que se ocultaba tras de los altos árboles del jardín, y quedó sumergida en aquella amarga atonía, que cuando no estaba poseída de la ira, era el estado habitual de su sér.

Ella amaba; pero en un principio aquel amor le había traído la tristeza, y entonces le traía la desesperación: cuanto más iba llenando su alma, tanto más veía la imposibilidad de ser dichosa, tanto más se veía condenada á la soledad del corazón.

Para que Gustavo la hubiera amado, necesi-